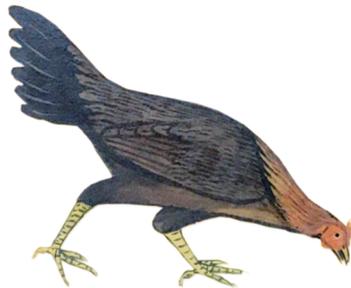


51

LOS VERSOS DE CORDELIA

Silva, Grillera
y Cigarral de
Manolito el Pollero



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, junio de 2020

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 3º B

28016 Madrid

Edición © Mario Fernández González, 2020

Prólogo © Camilo José Cela, 1966

Ilustración de cubierta: Gallos de pelea, en pintura anónima del siglo XIX

IBIC: DCF

ISBN: 978 84 18141 12 6

Depósito legal: M-12818 2020

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Silva, Grillera y Cigarral de Manolito el Pollero

Prólogo de Camilo José Cela

Edición de Mario Fernández González



Soy del todo
feliz, entre mis trastos y las bellas
pequeñeces que me hacen compañía,
[...] y un millar de volúmenes con huellas
de otras manos



Fotografía de Manolito el Pollero de la antología *Poesía española contemporánea (1939-1964)*, publicada por Alfaguara en 1966.

Índice

☛ Realidad y leyenda de un poeta bohemio, por MARIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ	9
☛ Agradecimientos	41
☛ [Prólogo] Nota del primer editor, por CAMILO JOSÉ CELA	43
SILVA, GRILLERA Y CICARRAL	
DE MANOLITO EL POLLERO	51
Mi taller de aleluyas	53
Soneto noctámbulo	55
Sepultura de caridad	57
Patio de gloria	59
A una caracola	61
Un barquito del museo	63
A un galeón de Indias	65
Versos a un armario de luna	67
Belén	73
Balada a una destrozona	77

Letrilla de los soldados y las amas de cría	81
Janita y los húsares	87
La mañanita de los traperos y los albañiles	89
Bodegón	93
La castañera	97
Viejas de café	99
La churrera	101
Los titiriteros	103
El ciego de las coplas y los romances	111
Zalamera noche	119
Soneto canicular a Numancia	121
El barrio	123
Canción para dormir un pie	125
El niño y las ranas	127
Semana Santa	129
Los gatos de doña Escofieta	133
Toros de pueblo	137

Realidad y leyenda de un poeta bohemio

por MARIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

A MANUEL FERNÁNDEZ SANZ, aunque no conocido en las aulas de literatura, como otros muchos autores, que solo parecen existir en las librerías de viejo, no le sepultó el olvido, en parte gracias a su apodo, Manolito el Pollero, pues le gustaba decir que era el único poeta que vivía de la pluma, y en efecto, vivía de la pluma, es decir de la pollería y huevería de «alta gama» que su familia tenía en la calle Tetuán, en pleno centro de Madrid, próspero negocio por aquellos años, cuando los pollos eran manjar de ricos con los que soñaba el pobre Carpanta, símbolo del hambre de la larga posguerra.

Sí, el mismo se bautizó como el Pollero, con el afán de sorprender, de llamar la atención a aquel grupo de poetas de los que pasaría a formar parte.

Nació con alma de poeta. Debieron de horrorizarle aquellos pollos ajusticiados que por aquel entonces colgaban de los ganchos de las pollerías. Y disfrazado de bohemio, modesto y generoso, se convirtió en mecenas de los que no podían vivir de la pluma. Aunque hay que advertir que este era uno de los varios negocios familiares, de los que pudo vivir y gozar de esa vida al margen de lo convencional, tan atractiva para él, que se ha dado en llamar la bohemia.

Manolito nació en esta pollería de sus bisabuelos el 11 de septiembre de 1909, nos dice Cela. Pero la familia asegura que fue en el magnífico chalé de la finca de El Plantío. Y el 29 de junio de 1966 fallece en su casa de San Justo (Ayuntamiento de Salas, a unos treinta kilómetros de Oviedo), y al día siguiente es llevado a hombros por sus amigos Mariano Povedano, Manuel Alcántara, Antonio Medrano y Dionisio Gamallo Fierros, al cementerio de San Jus-

to, donde permanece enterrado junto a su mujer, María Josefa García Fernández, y su único hijo, Sabino Ignacio Fernández García.

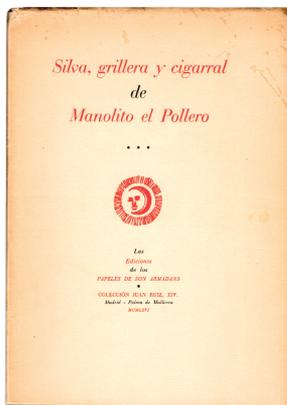
Pero si bien «el ser el único poeta que vivía de la pluma» le dio popularidad, también creó una leyenda de pollero «ingenio lego», capaz de improvisar poemas en tabernas y cafés, que escribía sobre servilletas que arrugaba y arrojaba a los suelos. Servilletas que los amigos recogieron y plancharon, y que gracias a eso Camilo José Cela pudo publicar este libro póstumo, lo que evidencia que no leyeron la «Nota del editor».

Esto de escribir o pintar en servilletas es un lugar común del que hay multitud de anécdotas, sobre todo atribuidas a poetas y pintores, pero también a otros personajes, algunas ciertas, otras



Foto de Manolito el Pollero con dedicatoria autógrafa: «Para D. Camilo Manolito. Alicante, febrero 1953». (Foto cedida por la Fundación Pública Gallega Camilo José Cela).

metamorfoseadas y la mayoría, pura leyenda como en este caso.



Cubierta de la primera edición. (De la colección de Mario Fernández González).

Silva, grillera y cigarral de Manolito el Pollero, título que el propio poeta puso a la selección de versos que entregó a Cela, editor y amigo, para que los publicara, pagándolo él, en Las Ediciones de los Papeles de Son Armadans, Colección Juan Ruiz. Como podemos leer en este texto que entresaco de la «Nota del editor» de dicha obra, que no sería publicada hasta un mes después de la muerte del poeta: «Manolo dejó los versos que ahora publico y me expresó su deseo de que apareciesen

en esta Colección Juan Ruiz; pensaba haberse pagado la edición, pero, por desgracia, ya no podrá hacerlo. Tampoco a nadie, en su nombre, se lo permitiría. La edición de un libro de versos no es cara y, en todo caso, en nada mejor que en recordar a un amigo pudiera gastarme los reales que me haya



Manolito el Pollero con Camilo José Cela en su casa
de Palma de Mallorca, enero-febrero de 1966.
(Foto cedida por la Fundación Pública Gallega Camilo José Cela).

de costar. No hago sino cumplir la voluntad de un muerto».

José García Nieto, amigo de ambos, escribe a este respecto en la revista *Poesía Española*, agosto de 1966: «[...] Yo iba a estar con ellos en Mallorca para cerrar el sustancioso trato de la edición, y no pude ir. Sí pude juntarles en Madrid en las víspe-

ras del acuerdo. Fue en una cena disparatada y que yo entonces creí fallida. Aquella noche, como otras veces, cada uno iba por su lado, y no había medio de centrarles en una conversación, de poner de una vez de acuerdo a aquellos dos seres fabulosos que tan bien se conocían, que tanto se admiraban [...]».

Camilo José Cela Conde, testigo de primera línea, único hijo de Cela, escribe en su interesante *Cela, piel adentro*, que García Nieto fue el amigo más cercano, cuya amistad permaneció a lo largo de los años. Y uno de los amigos comunes era Manolito el Pollero.

De aquella bohemia que nace en París hasta esos años ha habido varias generaciones de bohemios en España, de la que se ha escrito mucha literatura. La que va desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX es la bohemia por excelencia, a la que Valle-Inclán eleva a los cielos en *Luces de Bohemia*.

Esta otra bohemia madrileña empieza a gestarse en los años cuarenta y tantos, años difíciles de cen-

suras y exilios, uno de cuyos lugares de encuentro, donde convivieron bohemios y no bohemios, fue el café Varela, donde se celebraban los «Versos a Media Noche», así como en la antigua taberna de La Cruzada, meta a la que se llegaba después de deambular por taber-nitas y tascas populares del Madrid de los serenos. Lugares donde leyó sus poemas cual juglar nuestro Manolito, de los que da noticia Adelaida Las Santas en *Poetas de Café*, que, aunque subtitulada novela, es un libro en el que se recoge con gran fidelidad el ambiente de estos lugares. Pero también los leyó en «Alforjas para la poesía», en el Madrid «dentro de un orden», recital que se celebraba los domingos a las doce de la mañana en el teatro Lara.

La leyenda le dibuja, además, con gruesos pinceles, orondo, comilón, bebedor, generoso con el dinero procedente del negocio familiar, pollería donde solo trabajó tres días en un apretón de Navidad. Claro,



Antigua taberna de La Cruzada, en la calle del mismo nombre, que abrió en 1827 y cerró en 1975, al ser derribado el edificio.

como otros poetas, bohemios o no, con padres terratenientes, bodegueros, comerciantes, etc., cuyos hijos eran «los señoritos», que vivieron de las rentas y que estudiaron en buenos colegios, pero no vendimiaron, ni participaron en las labores del campo, y además en aquellos tiempos de escasez y hasta de racionamiento, el comer mucho y bueno, como siempre lo ha sido, era símbolo de afortunados.

Por otra parte, era una familia con cierto dinero. El padre de Manolito, Sabino Fernández y Fernández, era un hombre de negocios. Fue gerente del Jai Alai, uno de los grandes frontones de pelota vasca de Madrid situado en la calle de Alfonso XI, cerca de la Cibeles, que por las noches era lugar de fiesta, donde acudían, artistas, poetas, señoritos y otros noctámbulos. Falleció en su gran finca del Plantío el 6 de marzo de 1936 a los cincuenta y cinco años de edad, después de una opípara comida de caza, cuando Manuel Fernández Sanz tenía veintiséis años. Semanas antes, el periódico *Ahora*, del 23 de enero de 1936 da la siguiente noticia: «Ayer a

mediodía, y en su magnífica posesión de El Plantío, El Hórreo, obsequió con un almuerzo a un grupo de sus amistades don Manuel Fernández [Sanz]».

De familia asturiana, siempre tuvo casa y negocio en San Justo, donde iba frecuentemente. Casado con María Josefa García Fernández en 1933, que padeció sus «genialidades», con la que tuvo un hijo, Sabino Ignacio Fernández García, casado con María Victoria Lechosa Estrada, residentes en Asturias, hijo que asustado por su desbocada «generosidad» y temiendo que les dejara en la ruina, le declararon pródigo, del que fue tutor el propio hijo, aunque debió darle una buena asignación porque siguió invitando a sus muchos amigos.



En este magnífico chalé de El Plantío nació y vivió su juventud Manolito el Pollero. (Foto cedida por su familia).

Agradecimientos

EN PRIMER LUGAR, a Jesús Egido que me ha dado la oportunidad de escribir para Reino de Cordelia, editorial tan querida por mí. A Luis Alberto de Cuenca y a Alicia Mariño, por animarme a escribir, y a Álar Fernández Pascual, continuador de la librería Berceo. A Camilo José Cela Conde, que respondió a los correos que le envié con las palabras de un amigo y que me guio hasta la Fundación Pública Gallega Camilo José Cela, donde el bibliotecario Iván Rodríguez Varela me dio todas las facilidades. A Julia Herrera Vico, por su aportación documental. A José Torres Iglesias, bibliotecario de la Biblioteca Pública Municipal de Salas. Y muy especialmente a María Victoria Lechosa Estrada, nuera de Manuel Fernández Sanz, que después de largas conversaciones nos tenemos mutuo aprecio, y a los nietos Marcos, Bárbara†, Clara, Diana, Eugenia† y Hugo.

[Prólogo]
Nota del primer editor*

por CAMILO JOSÉ CELA

HE AQUÍ LOS VERSOS de un amigo que acaba de morir: Manuel Fernández Sanz, hombre honesto y entrañable que pasó por la vida casi de puntillas, bebiendo vasos de blanco, dignificando ripios y sonriendo, ¡Dios lo bendiga!, a putas, hampones y menesterosos.

En mi casa de Mallorca vivió desde el 11 de enero hasta el 9 de febrero de este año, en el que juntos volvimos a la península en el barco de Alicante, el viejo Dómine. En estos veintitantos días, casi un mes, se portó bien, comió sin excesos, bebió con relativa prudencia y se dejaba cuidar; a veces protestaba, pero sin entusiasmo, de las acelgas cocidas que

* Así denominó Camilo José Cela sus palabras preliminares, a modo de PRÓLOGO para *Silva, grillera y cigarral de Manolito el Pollero*.

le daba mi mujer, y entonces nos amenazaba con subirse al 600 que se trajo y con refugiarse en la taberna de Sócrates, a hincharse de cocido y de callos a la madrileña.

Manolo dejó los versos que ahora publico y me expresó su deseo de que apareciesen en esta Colección Juan Ruiz; pensaba haberse pagado la edición pero, por desgracia, ya no podrá hacerlo. Tampoco a nadie, en su nombre, se lo permitiría. La edición de un libro de versos no es cara y, en todo caso, en nada mejor que en recordar a un amigo pudiera gastarme los reales me haya de costar. El libro se titula *Silva, grillera y cigarral* y va firmado: Manolito el Pollero. No hago sino cumplir la voluntad de un muerto.

Manolo dormía mal y se quejaba muy lastimeramente. Mi mujer, una noche en la que sus ayes y lamentos eran rigurosamente desgarradores, me dijo:

—Manolito se está muriendo. Vete a su alcoba, a ver si quiere algo.

—No —le respondí—; si necesita algo ya sabe que no tiene más que golpear el tabique. A mí me parece

que se está muriendo pero, a lo mejor, lo que quiere es morirse solo y sin que lo mareen. Tú duérmete, que yo seguiré escuchando, fumando pitillos.

Manolo no se murió aquella noche, aunque al día siguiente estaba cansado y de mala cara, medroso y quietecito. El día 26 de febrero me escribió desde Madrid: «Estoy en casa. Mi chico tuvo que ir a buscarme a Adra, me puse muy malo. Me han prohibido conducir, me han hecho no sé cuántos análisis y un encefalograma, pues empezaba a ver doble y a trabucar las palabras». Algo más tarde volvió a escribirme. Copio entera —y estremeciéndome— su dramática carta:

«Queridos Camilo y Charo: Estoy en el Hospital General de Oviedo un poquito fastidiado, con la santa fe y la resignación de los que de los médicos lo esperan todo. Siempre que vine aquí tuve suerte y me sacaron las castañas del fuego, las patas del infierno mejor dicho. En Oviedo tengo buena gente, buena familia, y, como nos vamos haciendo viejos y

cada vez somos menos, no quieren ni pa Dios que a mi pobre Pepa la deje viuda. Doy un tanto la lata con mis alifafes; pero me soportan y elogian mi buen humor de enfermo; sin embargo, reconozco que apenas valgo ni para inseminar la cochinilla, y para de contar. Echado a lo largo de la cama me tenéis tres cuartas partes del día; a ver si de una repajolera vez salgo del trance y el trance se compone de enfisema, asma, disnea, hipertensión, arterioesclerosis y enfermedades de la vid y las tierras altas. *Ben fotut*. Que sea lo que Dios quiera y considere justo para este apolillado salterio. En el santo hospital ocupo la habitación 8K1; más vale que me salga quitamanchas que *destroyer*. Tengo una *fountain-soda* de oxígeno y los muebles más funcionales que podáis ver, de los que quisiera que se me pegase algo. De esta función a la que estoy asistiendo, ¡ay!, me parece que voy a ser estrella, con lo que me gustaría ser telonera. Camilo y Charo, lo de la moza al anciano cura de Campoamor: qué cosas os diría, si supiera escribir. Os mando un abrazo, el más fuerte que pue-

da daros este desfalleciente y pobrecito ciego de mi esquina. Ya sabéis que os quiero mucho. Manolito el Pollero. No se me olvida ninguno de vuestros fieles, amigos míos: Nicolau, Sánchez-Monge, Fernández Molina, Domingo-Pepa, Ricardo-Encarna.

Hospital de Oviedo, 19 abril 1966».

Yo le contesté desde Barcelona, el día 22, con una carta que ya no lo encontró en el hospital y que, según me dijo después, no llegó recibir.

El día 23 de marzo yo me fui a Nueva York, a darme una vuelta; dos noches antes cené con Manolito, en su casa de General Mola, 55. Comimos mano a mano y me regaló como a un rey, también como el rey que él era: ventrecha encebollada, salmón de Asturias, *foie-gras* de Estrasburgo, chorizo de Cantimpalos y un *ragoût* de vaca capaz de levantar a un muerto, todo ello regado con vino tinto riojano de buena cosecha. Manolito casi se quedó sin cenar y era tan buena persona que, a pesar de lo que gozaba ante una mesa bien abastecida, dis-

frutó, aquella noche, viéndome comer, viendo comer al amigo.

—¡Hínchate, tú que puedes! ¡Manda a la mierda al régimen, que ya nos lo dirán en misas!

A Manolito no lo volví a ver jamás; le llamé por teléfono un par de veces, pero ya no lo volví a ver nunca más. Al poco tiempo regresó al hospital de Oviedo, desde donde me dirigió la carta que más arriba dejo copiada. Yo quise traérmelo a mi casa de Mallorca, escenario, quizás, de sus últimos días felices (al menos esa ilusión me hago), pero no lo conseguí. Mis esfuerzos fueron inútiles. Poco antes de mi cumpleaños, el 11 de mayo, me llamó a conferencia desde Madrid para desearme felicidad.

—Me voy otra vez a Oviedo, al hospital. En cuanto me echen unas medias suelas, me presento en Palma.

Las medias suelas no llegaron tiempo y Manolito se quedó en el camino de sus buenos proyectos.

Manolito había nacido en Madrid, en la pollería de sus bisabuelos Manuel Sanz y Juana Matas, en la calle de Tetúan, 30, antes Negros, el día 11 de

setiembre de 1909; en realidad, la primitiva pollería estaba en el 28. Manolo fue a morir en el hospital de Oviedo, 8.^a planta, habitación 4, el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo. Fue enterrado en el cementerio de Cornellana y cargaron con su cadáver cuatro amigos: José Antonio Medrano, Manuel Alcántara, Mariano Povedano y Dionisio Gamallo Fierros.

Descanse en paz y en la gloria de los poetas Manolo el Pollero, paladín de la amistad y amigo de todos.

C. J. C.

Silva, Grillera
y Cigarral de
Manolito el Pollero



Mi taller de aleluyas

ME SIENTO en esta muelle alcoba mía
como el pez en el agua. Soy del todo
feliz, entre mis trastos y las bellas
pequeñeces que me hacen compañía,
y que dispuse a mi talante y modo.
Albergo un sol, su luna y mis estrellas,
mis Eduardo Vicentes, mi apatía,
—que es lo más grande y cabe en un recodo—
y un millar de volúmenes con huellas
de otras manos. Ya veis, no es oro todo
lo que reluce en esta algarabía,
donde, cuando te mueves, te atropellas;

sin embargo, a sus anchas, acomodo
mi buen humor y mi melancolía,
y un telescopio para mis botellas.

Soneto noctámbulo

AZUL LLEGÓ y azul se fue la hora
soberbia del gran duque y la lechuza;
la hora en que la menta negra azuza
al cuco cornicabra y lo encocora;

la hora en que Diana Cazadora,
cuajada de lunares chulos, cruza
los picos donde parda la gamuza
monógama del gamo se enamora.

Para esa hora, lánguida y tendida,
me diera cita Aurora en el serrallo.
La hallé sobre un volcán, medio dormida;

y así que hube a sus pies de ámbar rendido
la cresta veleidosa de mi gallo,
de sueño, no de amor, perdí el sentido.

Sepultura de caridad

¿QUÉ SERÁ, que hasta la muerte
no perdona la miseria?
Ayer dieron tierra a un pobre,
y ya se ha hundido la tierra.

Patio de gloria

SECO PANAL de miel,
mueves a la sonrisa,
y al corazón amargas
y en los ojos lastimas.
Patio de gloria blanco,
donde la muerte niña,
con el polvo y el aire,
juega a las cuatro esquinas.

A una caracola

ENTRE ARRULLOS y cantos de sirena,
se acompasa en tu fondo amortecido,
caracola, el rumor desvanecido
de la espuma sumiéndose entre arena,

y reflejo en tu sirte se encadena
al embate de un mar enfierecido
un minúsculo y áspero tronido
que a episodio argonáutico resuena.

¡Quién lograra, engolfándose en su seno,
como tú en tus sonoras oquedades,
reducir a caricia el bronco trueno;

y grabar consiguiera en la corola
de estos frágiles lotos tempestades
reducidas a voz de caracola!

Un barquito del museo

UN BARQUITO del museo
quiso una vez navegar
por el mar de la vitrina
que era todo de cristal;
el barquito no tenía
piloto ni capitán,
sus jarcias eran de seda,
sus velas de tafetán,
y timón y gobernalle
estaban locos de atar;
sin embargo, este barquito
consiguió hacerse a la mar,
nadie sabe por qué arte,
nadie lo supo jamás,
jamás, hasta que un buen día,

al despolvarle el fanal,
hallaron sobre cubierta,
caído al pie del compás,
un libro de singladuras
que cabía en un dedal,
estaba escrito con letra
micro-infinitesimal,
y lentes de catalejo
gastó mi curiosidad
para leer tan exiguo
diario de marear;
así decía lo escrito,
poco menos, poco más:
«Nuestra Señora del Carmen
nos lleve sin tempestad.
Don Araña de Mosquera
comanda “La Sideral”.
Zarpamos el día tantos,
tantos y tantos de tal,
rumbo al puerto de las Perlas
y a los mares del Coral».

A un galeón de Indias

¿POR QUÉ ensalmo
te recreas
miniatura?
si apenas mides un palmo
de estatura.
Si pareces
nonada, poquita cosa,
un murmullo,
una ilusión,
¿qué vano orgullo
te endiosa,
galeón?
Pretendes ser cardenal
en tu sitial de museo

y tus velas de cendal
casi no dan un retal
para hacerte el solideo;
sin embargo, en la ilusoria
carga que puedes llevar
ni por asomo hay lugar
para un botón de tu gloria
y sobra para la historia
que se escribiera del mar.

Versos a un armario de luna

NO HAY CUERNO de la fortuna,
ni fabuloso bazar,
ni bajo el sol cosa alguna
que se pueda comparar
con un armario de luna.
A propósito de armario:
tenía mi madre en casa
uno que era extraordinario
de la cimera a la basa;
la envidia del mobiliario
era aquel mueble antañón,
aquella enorme piñata,
aquel íntimo filón,
dulce placer de oro y plata

que entrañaba en profusión
y entre telas, joyas tales
como alfileres, gemelos,
dijes, pulseras, corales,
abalorios, guardapelos,
moneditas de dos reales,
aros, pendientes, zarcillos,
medallas, cruces, rosarios,
botonaduras, cintillos,
camafeos, solitarios,
gargantillas, bejuquillos,
y una saboneta de oro
cuyas horas salpicaba
su lagrimecer sonoro;
si de niño me alegraba
escuchar el pueril lloro
de tan frágil sonería,
hoy, cuando pulso el resorte,
parece que el alma mía
baila de un hilo, en la corte
títere de la ironía,

y me produce una pena
tan grande, que su congoja
se vierte en mi pecho y suena,
¡taciturna paradoja!,
igual que su reloj de arena...
Un talego de badana
que hizo galanes el año
del rey que rabió y la nana,
estudio de un entrepaño
y de su piel tarangana,
embutía las memorias
de los Fernández a secas;
títulos y ejecutorias
eran nobles hipotecas
de estirpe, sin más historias.
En un cajón recoleto
del fondo, a medias oculto,
tras de su planchado seto
de fantasmas y de un bulto
cómplice, casi en secreto,
se escondían los hechizos

familiares, las vergüenzas;
allí se apiñaban rizos,
moños, pelitordas trenzas,
cánulas, dientes postizos,
relojes estropeados,
quebraduras sin remedio,
y unos amables bordados,
a fuerza de sobo y tedio,
mustios y deshilachados.
Entre hábitos desvaídos
y el puntilloso trasluz
suspenso de los vestidos
de mujer, al paio, en cruz
se ajaban alicaídos
cual inocente perdón
el lazo y la marinera
con los que hice en San Antón
¡un día de primavera!,
la primera comunión.
¡Cuánto incitante señuelo
encubría la maraña
de ropas! Como aquel velo

de tul ¡pobre telaraña!
harto de besar el suelo.
¡Qué romántica novela
sin vida cupo tejer
sonsaándole a la tela
chismes, idilios de ayer,
muertos por darse a la vela!
Pero que chismes y asuntos
amatorios no me tienten,
no sea que mis difuntos
una noche se presenten
a execrarme todos juntos...
¡Oh, inolvidable telar,
caja —al revés— de Pandora,
tutilimundi sin par,
pensando en ti cruje y llora
mi tablazón armilar,
sostén de esta alegre esfera
dada a las juglarerías
que lechuzamente espera
ser huésped por muchos días
de otro armario de madera!

La castañera

LA CASTAÑERA, en la esquina,
rebujada en su mantón
rescolda el hogar de encina
de su latoso fogón,
y, mientras de frío muere
y sus pobres manos treman
ateridas por la helada,
su voz plañe destemplada:
¡Calentitas! ¿Quién las quiere,
que ahora queman?

La churrera

ENCARAMADA en la acera,
dando está diente con diente
la churrera.

¡Con cuánta frescura miente
su pregón de: calentitos!
La delatan los mitones;
encubren a diez curritos
de un guiñol de sabañones.

Canción para dormir un pie

A LA NANA, nanita, nana.
Duérmete chiquirritín
dentro de tu calcetín:
que es de lana.

El niño y las ranas

AL PASAR junto a la charca
el niño me preguntaba:
—¿Qué son las ranas?
—Pues, mira niño, las ranas...
—¿Y por qué cantan?
—Pues, mira niño, las ranas...
—¿Y por qué saltan?
—Pues, mira niño, las ranas...
—¿Y por qué nadan?
¡Y no tuve más remedio
que tirar el niño al agua!